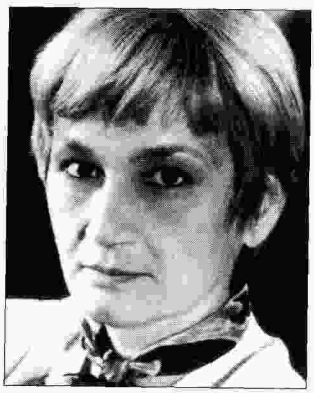
ÁGNES NEMES NAGY



ÁRBOLES

Hay que aprender. Los árboles de invierno.
Ese cubrirse hasta los pies de escarcha.
Inamovibles cortinajes.

Hay que aprender la franja
donde el cristal ya humea,
y el árbol va cruzando la neblina
como los cuerpos la memoria.

Y tras los árboles el río,
las alas silenciosas de los ánades,
la cegadora noche azul y blanca
donde hay paradas cosas en capuchas.
Hay que aprender aquí los gestos
inenarrables de los árboles.

SED

¿Cómo decirlo? No hay palabras en mi boca:
una sed inefable de ti me martiriza.
– Si pudiera mi cuerpo ser carnívora planta,
en mí te absorberías, cogido en mi fragancia.
Entonces fuera mía tu piel morena y tibia,
y tu exquisita mano con que tanto te guardas,
y que a cada momento final en cataclismo
repite: sin embargo, sigo siendo lo mismo.
Míos fueran tus brazos posados en los míos,
Mías las negras plumas radiantes de tu pelo,
alzándose conmigo, como alas voladoras
por brillantes paisajes meciéndose sin término.
Sorbería tu carne ya fundiéndose,
tu carne densa y dulce como el trópico,
la magia turbadora de tu aroma
de prehistóricas salvias y equisetos.
Y sorbiera tu alma vaporosa,
(sobre ti va como un fanal flotando)
entera ya en mi ser ansioso y deseante,
si fuera flor carnívora mi cuerpo.
– ¿Pero así? ¿Qué más hay? Nunca me calmo.
Me amas y te amo. Esperanza no queda.

FLOR

Espléndida flor eres, de fino y largo tallo.
En tu mano agraciada, como bajo las hojas,
se ocultan, a la espera de volverse reales,
manchas de luz, instantes, recuerdos en capullo.

Bajando hasta los huesos con suavidad, semillas
de milagros están bajo tu piel, durmiendo.
¿Será que todavía hay que seguir buscando?
Todo va bien contigo, todo se te asemeja.

Como los hombres aman a la mujer te amo.
Como un árbol pletórico prodigas tu belleza.
Al contemplarte, desde tus hombros, de tus manos,

de tu cintura, desde tus labios y tus ojos,
como un incendio rojo se despliegan y brotan
sin término tus nuevas floreciones oscuras.

HOMBRE Y MUJER

HOMBRE

Sorbí de sus intactos dientes su lengua
como ostra frágil de su cáscara ósea.
Y en sus caderas abracé la tierra,
creí que se me daba.

MUJER

Se inclinó a mí como una densa nube.
Al encontrar mi boca refulgía.
A mi piel se aferró su mano ardiente,
creí que me abrazaba.

ANTE EL ESPEJO

Con lentitud te quitas el color de la cara,
y aún la misma cara quitártela quisieras;
esperas que el sillón se alce y haga un gesto
aburrido, surgiendo tras de ti.

MEDIODÍA

Corta el sol con grandes tijeras
todas las sombras: quedan chicas,
y de tal modo zigzaguea
que las sombras quedan precisas.

Sólo el río se va escapando
sin sombras igual que la noche,
y por ser visto, abre como ave
sus plumas – dos radiantes velas.

FLOTA

Viento, viento.
La casa como proa
a babor y estribor bandea en la noche,
crujiendo se estremecen
el papel y el batiente
y abajo en negras barricadas
por cauce de asfalto estridente
estalla un son de acorazados,
olas y olas dan en las casas,
barriendo a los que están ahogándose,
y las casas, restos de barcos,
están jadeando y tambalean
con finos mástiles de antenas,
se balancean y hasta vuelcan,
y vibra en el bajío nocturno,
quebrantada, la ciudad-flota.

En el cielo ígneas señas mudas.
Y en las cumbres sobre la noche,
olvidadas y ya en jirones,
las banderas descoloridas.

Rugen, rugen la noche entera
filas de tanques en el Campo
de Sangre: océano indomable.

1957

DE LAS METÁFORAS

¡Cuánto amé las metáforas!
Dios, cuánto disfrutaba
su resoplido en torno mío,
su piafar de caballos agitados –
Les ponía la brida y ¡adelante!
Les soltaba la rienda, y sólo a punto
de desbocarse ya, la recogía,
tirando y refrenando, con el doble
placer en ambos brazos,
de galopar y detener.

Hoy les vuelvo la espalda.
Voy pateando las piedras de la plaza.
Sólo un músculo tiembla con el ruido
de una que otra que viene por la espalda
y me apoya su testa nervuda sobre el hombro.

HABLAR

Tanto hablar, barrigas hinchadas,
desmedidos ombligos con joroba.
De la literatura del mundo, la mitad
nació sietemesina.

¿Acaso esperas que del mar
de tus palabras salga Venus?

TRADUCIENDO

Te miro y miro.
Los hilvanes noto en el genio,
la sutura blanda del cráneo.
Sólo así puedo ser tu cómplice:
te agradezco lo generoso.

*

Por no ser capaz de cantar
debo grabar en una laja –
pero la piedra no se ablanda
ni con el sudor de mis párpados.

Y hasta en la noche me despiertan,
la pared con su luz boreal
y los muebles, cuchillos lúcidos,
y aquel helecho que me arrastra,
y en su reverso ya podrido
de viejo, las esporas
como fotos aéreas
de complejas metrópolis –

Porque son agudas, agudas
como cuchillos las imágenes,
me deslumbra el mundo en escamas,
todo vive, todo rincón
llamea con flechas de garfios,
igual que Sebastián flaquea
el atacado por fotones –
Me tapo el rostro con el codo
mientras grabo la única escama,
por no ser capaz de cantar.

LLEVABA ESTATUAS

1

Llevaba estatuas en la nave,
sin nombre en sus rostros inmensos.
Llevaba estatuas en la nave,
para que en la isla se alzaran.
Era el ángulo facial recto
entre la nariz y el oído,
pero sin señales en ellos.
Llevaba estatuas en la nave,
así fue como he naufragado.

2

Os rescataré de las aguas,
no puedo vivir sin vosotros.
Así me ahogue, hasta la playa
llevo los cuerpos destrozados.
Os preparo lechos de arena
para el yacer, para el descanso;
pondré a diario una gota de óleo
en tan bellas caras deshechas.
Os mojará una dulce lluvia.
Y no seréis vistos de nadie.

EL GÉYSER

Se inició. Las sales primero.
Al quebrarlo, de nuevo se fracturó el cristal.
Se inició. En la tierra lo había impreso
el pie de hielo de todo un planeta.
Las cavernas, entonces. Alargándose
bajo pesos desmesurados,
se iba oprimiendo con su cuerpo estrecho
entre piedras plegadas hasta el duelo,
y de pronto un estruendo sordo
de cavernoso abismo, y luego
otra vez el caracol negro
del inmenso cerebro pétreo,
grabado entre intersticios y terrones
en espiral más y más cálida,
ya en fumarolas, hasta que –

Brotó entonces. Y allí quedó.
Horizontal y largo instante,
clavado en campos de vapor de hielo.
El salto mismo, incorpóreo,
pura plata en músculo acuoso,
elongado y absurdo –
Cayó luego.
El salto se retrajo al cuerpo,
a las calas saladas y humeantes de la tierra.
Y la oquedad del antro se torcía y retorcía,
como gruñendo y alejándose,
latía en retroceso su corazón de fiera.

PINO

Un gran cielo amarillo. El prado liso
es oprimido por la cordillera.
Sobre la tierra imán, hierbas inmóviles,
limaduras de hierro ennegrecidas.

Un extraviado pino alerce.
Un zumbido. Frío.
Un zumbido: por el inmenso cuerpo
de raíz escamada y sin corteza,
por el tronco del pino está pasando
un telegrama paleolítico.

Arriba un ave, un ave
desconocida, por el cielo – cejas
fruncidas y sin rostro –
detrás la luz se aplasta,
los párpados caídos, una ventana ciega –
sólo el zumbido, la noche que cruje
por una fronda oscura no visible,
el corazón oscuro de los troncos
vueltos carbón en pliegues ronronea.

LÁZARO

Al levantarse lento, en su hombro izquierdo
los músculos de toda su vida le dolieron.
Arrancada su muerte como gasa.
Porque igual de difícil es la resurrección.

*

Aquí apenas el lodo.
Bajo la biblioteca, peces muertos.
En el marco de un cuadro, como un gorro,
cuelga un alga ladeada.
Muebles en la miseria.
¿Cuál sería tu culpa, armario, forma pura?
¿Qué culpa tienes tú, pobre sofá,
de que te convirtieras en cadáver fangoso?
En el muro la línea de adonde llegó el agua.
Aquí eran mis jadeos.

O me habré ahogado. Puede ser quizá.

PARA EL INFIERNO

Un tranvía con luces y vacío.
Un hospital de guerra.
Hubo aquí un tiempo una herrería.
Un montoncito gris de nieve.
Parque infantil en ruinas,
cadena de columpio.
Una estación de tren desierta. Marca
el reloj media noche.
(Noche: sandía llena de agujeros).

LO INFORMAL

Lo informal, lo infinito.
Muero por contener
lo infinito en mi frase.
Con arena, contra la nada,
retengo un balde del océano.
Tal relativa eternidad
es invivible en la cordura.

PÁJARO

Tengo al hombro posada un ave
que junto conmigo nació.
Es tan pesada ya y tan grande
Que cada paso es un sufrir.

Sobre mí un peso, una parálisis,
la ahuyento pero se me aferra,
como las raíces de un roble
se hunden sus garras en mi hombro.

Oigo latir junto a mi oído
su horrible corazón de pájaro.
Si un día levantara el vuelo
ya sin él me desplomaría.

AKNATÓN

Haces tu ascenso y tu descenso. Sol Viviente.
Acabas oscuro y retornas luciente.
Eres tú quien palpita en mi corazón.
(*Del Himno al Sol de Aknatón*)

DE LAS NOTAS DE AKNATÓN

Algo debo hacer todavía
para paliar el sufrimiento.
Debiera construir un dios,
para que tenga trono y reino.

Ya no basta con el deseo,
requiero un cielo de concreto.
Pon, dios, tu pie sobre mi hombro,
te ayudaré a subir al trono.
Apóyate en unos querubes.
Te he de vestir, no te preocupes,
no te halle la noche desnudo,
engánchate el dolor al cuello
como un aro brotando en sangre,
y sea ésta tu tibia manta:
tus vegetales, los he amado.
Y graba en tu enjoyado pecho
que yo busqué la verdad siempre.

Suficiente. Di que te place,
y cumple tu función excelsa,
sentarte y ver desde lo eterno.
Más no te puedo postergar.

LA NOCHE DE AKNATÓN

Cuando bajó a la plaza, ya las carpas
se bañaban en luces de faroles,
tenían llamas los cuellos de los frascos,
luz de Día de los Muertos en verano,
y en estante de tablas, polvorientas
muñecas de crespón color de rosa.

A un lado, montes de tatuados,
en la piel verde oliva de sandías, corazones
ya en cicatriz, grabados con agujas de punto.
En lo alto, cabellos ondulantes de signos luminosos.
Viento abrasador. Paja dispersa.
Era oscura la noche.

Caminaba encubierto
por el disfraz de su presencia,
inmóvil caminaba, un tren aéreo
corría por encima.

Has de lavar tu rostro.
Lo inclinas hacia el golfo de tus palmas,
sobre el agua del golfo de tus palmas,
ese querer de rayas diagonales,
dale agua como a un pájaro,
como a un animal deja que beba,
lava, lava tu rostro, y el sol,
que tiene manos pequeñas
en las puntas de sus rayos,
y tu rostro con la mano del sol –

La noche. Sus lienzos pesados
colgando entre las luces,
entre vitrinas que brillaban
como dulces sedosos, como orugas,
candelas en ahogo, viento en ráfagas.

En el jardín antiguo,
En el jardín de cien millares,
bajo el cielo de luz de hostia,

hay que tragarse la otra cara,
y la flor verde, el ramo de saúco
donde Judas se ahorca,
y arriba el verde tenue de una estrella,
en el jardín estaba lo infinito,
mi amor, ojalá fueras tan pequeño
como un dios en la hostia.

Y comenzaron a llegar los tanques.
Ante olas de metal como montañas
corría por su cauce de piedra la calzada,
entre piedra y metal corrían blandos cuerpos
llevando a rastras uno que otro globo,
el crujido de lonas de quioscos derrumbados,
chasquidos de barandas de los puentes,
cenizas y fragmentos de vidrio en la distancia,
y entre los intervalos, ese soplo hacia ellos,
soplando arriba, arriba, sobre el planeta entero.
Saltó como los otros sobre una balaustrada,
rodaron juntos dando tumbos,
tropezaban, bajaban con violencia,
más ráfagas arriba, unos sobre los otros,
como un alud cayendo.

Al volverle la vista, le rodeaba la niebla.
Yacía por la orilla del agua. Aquellos juncos.
Junto a él, otro cuerpo sobre el fango,
yaciendo tan de espaldas, con tal frío,
como si una nevada tan sólo en él cayera.
Se alzó de su costado. Con sólo un movimiento
como el humo, se alzó desde su cuerpo,
y era tan transparente ahí yaciendo.
Se levantó y yació, con sólo un movimiento.

Cuando echó a andar siguió llevándole.
De algún modo llevaba aún su cuerpo.
Sobre la horizontal de nieblas extendidas
caminaba,
sosteniendo en su mano derecha la otra mano.

AL ESCULPIR

Al esculpir a dios,
escogí piedras duras.
Más duras que mi cuerpo,
por dar fe a su consuelo.

SOBRE CADA OBJETO

Pues una luz hay sobre cada objeto.
Cual círculo polar brillan los árboles.
Y en fila, en gorra de luz llegan,
infinito que se vislumbra,
los 92 elementos,
todos con su otro en la frente –
en la resurrección del cuerpo creo.

UN INVIERNO EN ROMA

A Sándor Weöres al cumplir 70 años

¿Recuerda Usted el invierno romano?
(Como un mínimo trozo de signo lo menciono.)
Flota en nuestros pasados como un casco
de naranja entre los cubos de hielo.

Gatos allí con rayas de horizonte,
(¡qué franjas semejantes a los cascos!)
Le ruego hacer, como hasta ahora hiciera,
con los cascos un mundo entero y pleno.

QUIEN SE ESTÁ YENDO

Al mirar hacia atrás, ya no tenía rostro.
Al mirar hacia atrás.
Las máscaras donde antes habitara,
verdes y azules, se borraron, se volvieron
en un montón maltrecho al polvo, rostros, frentes,
al mirar hacia atrás por la vez última.

Y al volverse de espaldas,
sus dos alas,
las alas pulmonadas y de plata
de las radiografías –
daban un aleteo de centímetros,
y luego se cerraban
exhalando.

Y entonces vi,
pude ver entonces que era el mío,
no el de otro, por desgracia, sino el mío,
saliendo entre mis hombros,
como el radiografiado.
Y al mirar hacia atrás, ya no llevaba máscara.